

Puse diez francos en la mano de la vieja; cogí la fotografía y escapé, corriendo y besando el rostro de aquella imagen encantadora.

Proseguí mi camino mirando el retrato.

¡Qué gusto, pensar que la mujer aquella era libre y se hallaba en salvo! Seguramente nos encontraríamos aquel mismo día, ó al otro; si no, á la otra semana. Era seguro que debíamos encontrarnos alguna vez. Para eso, nada más que para eso, se había separado de su amante.

Y era libre, libre del todo. Sólo faltaba que nos encontrásemos, puesto que yo la conocía bien.

Acariciando nuevamente las doradas espigas del trigo, absorbía el aire del mar, que me hinchaba el pecho y sentía la caricia del sol en mi rostro. Avanzaba rápidamente, radiante de dicha, de entusiasmo, de esperanza. Avanzaba, seguro de que la encontraría pronto y volveríamos los dos á cobijarnos bajo el techo de nuestra bonita casa *en venta*.

¡Cuánto la gustaría vivir allí conmigo!



LA DESCONOCIDA

I

HABLÁBAMOS de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias á lances amorosos.

Goutran, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—París ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en París acontecen extrañas aventuras.

Callóse un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Echense á la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele á violeta; los carri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. No. 10. 16. 15"
Apto. 1623 MONTERREY, MEXICO

tos de las vendedoras ambulantes ruedan cargados de fragantes violetas.

Todo alegre; y miramos á las mujeres. ¡Dios de Dios, qué tentadoras se muestran con sus vestidos claros de telas muy sutiles que transparentan el color de la piel! Divagamos sin rumbo fijo y con el alma ansiosa; la esperanza nos conduce; ¡qué mañanas tan felices!

La vemos venir á distancia, la contemplamos, la reconocemos cuando se acerca; es la que nos agrada. Una flor de su sombrero, un mohín de su cabeza, sus andares; basta un detalle cualquiera para que la adivinemos. Y decimos: «¡Hermosa mujer!», devorándola con los ojos.

¿Es una joven que hace recados, ó una señora que vuelve de la iglesia ó que va á ver á su amante? ¡Qué importa! Su pecho redondo vibra bajo su blusa transparente. ¡Ah! Si fuera posible poner allí los dedos... los dedos y los labios. ¿La mirada es tímida ó atrevida? ¿El pelo negro ó rubio? ¡Qué importa! Al rozarnos con su vestido aquella mujer que pasa nos produce una sensación, un cosquilleo agradable. ¡Y cómo deseamos durante todo el día á la que vimos así un momento! Yo guardo el recuerdo de bastantes criaturas vistas al pasar, una vez, diez veces, y me hubiera enamorado como un loco de ellas tratándolas íntimamente.

Sucedan así las cosas; aquellas mujeres que más

deseamos, nunca las conocemos. ¿Lo han observado ustedes? No cabe duda y tiene cierta gracia. Descubrimos de vez en cuando mujeres cuya sola presencia nos hace concebir deseos apasionados; pero éstas pasan junto á nosotros y desaparecen para no volver jamás. Cuando pienso en todas las criaturas adorables que se han codeado conmigo en las calles de París, me enfurezco, me dan tentaciones de ahorcarme. ¿Dónde paran? ¿Quiénes son? ¿En qué lugar podría yo encontrarlas? ¿Cómo verlas de nuevo? Un proverbio dice que pasamos con frecuencia junto á la dicha sin conocerla. Pues bien; yo estoy seguro de que más de una vez he pasado junto á la encantadora que pudo aprisionarme con el cebo de su carne fresca.





II

ROGER de Annetes había escuchado sonriendo, y dijo:

—Conozco eso perfectamente, y voy á referir lo que me ocurrió hará cosa de cinco años: Encontré por vez primera, en el puente de la Concordia, á una hermosa mujer, alta, robusta, que me hizo un efecto... un efecto... sorprendente. Era morena, una morena maciza con los cabellos relucientes y con las cejas unidas, formando un solo arco entre las dos sienas. Un ligero bozo sombreando el labio, hacía imaginar... como se imaginan bosques adorables viendo un ramo verde sobre una mesa. Tenía un talle muy esbelto, el pecho muy saliente y casi provocativo, que se ofrecía como una tentación. Los ojos parecían dos manchas de tinta en esmaltes blancos. Más que ojos, eran dos abismos profundos y negros, por donde se la veía, entrando en ella. ¡Oh, qué mirada tan extraña, opaca y vacía, sin pensamientos... y tan hermosa!

Me pareció judía. La seguí. Muchos hombres se volvieron para contemplarla. Ella continuaba mecándose al andar con poca gracia, pero con una ca-

dencia tentadora. Tomó un coche en la plaza de la Concordia, y quedé, como un estúpido, pegado al



Obelisco, ardiendo en el más violento deseo que sentí en mi vida.

Estuve preocupado cerca de un mes; luego me pasó aquella impresión.

Al medio año volví á encontrarla en la calle de la Paz, y sentí al verla una sacudida en el corazón, como cuando se tropieza impensadamente con una que fué nuestra querida y á la cual adoramos locamente. Me detuve para contemplarla. Cuando pasó

rozándome, creí que me hallaba en la boca de un horno. Cuando se alejó noté la sensación de un viento fresco acariciándome la cara. No la seguí temiendo hacer alguna simpleza.

Se me apareció repetidas veces en sueños. Ya conocía esta clase de obsesiones.

Estuve un año sin encontrarla; y una tarde, á la puesta de sol, en el mes de Mayo, la reconocí; andaba delante de mí por la avenida de los Campos Elíseos.

El Arco de la Estrella se dibujaba sobre la cortina roja del cielo. Un polvillo dorado y una roja y brillante neblina, invadían el espacio: era una de esas deliciosas tardes que son las apoteosis de París.

La seguí con furiosos deseos de decirle algo, de arrodillarme á sus pies, confesando la pasión que me devoraba.

Dos veces, al acercarme á ella, me adelanté, sin atreverme á interrogarla, y retrocedí para sentir de nuevo el calor de horno que me había impresionado en la calle de la Paz.

Miróme. Luego la vi entrar en una casa de la calle de Presbourg. Aguardé dos horas en el portal de enfrente. No salió. Entonces me decidí á preguntar al portero, el cual no la conocía: —Debe ser una visita—me dijo.

Y estuve otros ocho meses sin verla.

Pero una mañana de Enero, con un frío de Siberia, andando yo por el bulévar Malesherbes, muy de prisa para entrar en calor, al revolver de una esquina tropecé con una señora, la cual dejó caer, en el choque, un paquetito que llevaba.

Quise disculparme de pronto. ¡Era ella!

Quedé sobrecogido, estúpido: luego, entregándole su paquete, la dije con brusquedad:

—Estoy pesaroso y satisfecho de haber dado á usted un encontrón, señora. Dos años hace que la conozco á usted, que la admiro, que me siento ansioso de tratarla, sin hallar manera de presentarme, sin conseguir saber quién es usted ni dónde vive. Perdone mi franqueza y atribúyala solamente al deseo apasionado que siento de contarme entre el número de los que tienen derecho á saludarla. Un cariño como éste no puede molestar á usted, ¿verdad? Usted no me conoce. Soy el barón Roger de Annettes. Infórmese antes de recibirme. Y si usted se niega, si no atiende á mi súplica, seré el más desdichado de los hombres. Muéstrese bondadosa conmigo; consienta y ayúdeme para que alguna vez pueda yo verla.

Miróme fijamente con sus ojos extraños y mortecinos y respondió sonriendo:

—Deme usted su tarjeta. Yo iré á su casa.

Quedé tan sorprendido, que debió conocerse la estupefacción que me produjeron aquellas pala-

bras. Pero nunca tardo en reponerme y en recobrar mi serenidad, y me apresuré á poner en sus manos una tarjeta mía, que ella guardó en su portamonedas con el movimiento rápido de una mano acostumbrada á escamotear cartitas.

Entonces dije:

—¿Cuándo nos veremos?

Dudó, como si tuviera que hacer un cálculo muy complicado, tratando sin duda de recordar, hora por hora, la distribución de su tiempo; luego dijo:

—El domingo por la mañana. ¿Le conviene?

—¡Ya lo creo que me conviene!

Y se alejó, después de haberme observado, juzgado, pesado, medido, analizado, con aquella mirada extraña, que parecía dejar huella sobre la piel: como si derramara sobre las gentes un líquido viscoso, parecido al que los pulpos escupen, obscureciendo el agua, para adormecer á los pececillos que serán luego su presa.

Entreguéme hasta el domingo á un terrible trabajo intelectual, procurando adivinar quién sería la mujer aquella, para fijarme una regla de conducta en la entrevista.

¿Debía pagarla? ¿Cómo?

Me decidí á comprar una joya, una bonita joya, que dejé, con el estuche abierto, sobre la chimenea.

Y después de pasar la noche inquieto y sin dor-

mir apenas, aguardé á que llegase la desconocida.

Llegó á eso de las diez, muy despacio, muy tranquila, y me tendió la mano como si fuésemos amigos viejos. La hice sentar y la quité el sombrero, el velo, el abrigo, el manguito. Luego empecé con alguna turbación, á mostrarme galante, muy galante, pues no era cosa de perder el tiempo.

No se hizo rogar ni mostró extrañeza, y no habíamos cruzado aún veinte palabras, cuando empecé á desnudarla. Ella prosiguió hábilmente esa faena que yo no hubiera terminado jamás. Soy algo torpe; me pincho con los alfileres; al quitar lazadas hago nudos imposibles; todo lo dificulto, todo lo retardo, todo lo confundo y pierdo la serenidad.

¡Ay, amigo mío! ¿Existen acaso en la vida momentos más deliciosos que cuando se mira, por discreción á cierta distancia y con cierto disimulo para no espantar el pudor de buitre que tienen todas, á la que se desnuda para nosotros, dejando caer en círculo á sus pies todas sus crujientes envolturas, una tras otra?

¿Hay algo más hermoso que los movimientos de la mujer para librarse de las suaves telas que se desprenden, blandas y vacías, como si cayeran heridas de muerte?

¡Es tan conmovedora, tan atractiva, la aparición de la carne, de los brazos desnudos, del pecho! ¡tan

perturbador el perfil del cuerpo que se adivina bajo el último velo!

Pero de pronto reparo en una cosa sorprendente; una mancha negra entre los dos hombros, una mancha bastante grande, de relieve, y muy negra. La mujer estaba de espaldas, y yo había prometido no mirar.

¿Qué era aquello? El bozo, las cejas unidas á la cabellera muy abundante, debieron prepararme á recibir tal sorpresa.

Pero quedé bruscamente impresionado por visiones y reminiscencias singulares. Me pareció que tenía cerca de mí una maga de *Las mil y una noches*, uno de esos seres peligrosos y pérfidos, cuya misión se reduce á conducir á los hombres hasta el fondo de abismos desconocidos. Recordé á Salo-



món haciendo andar sobre un espejo á la reina de Saba, para convencerse de que no tenía garras como el diablo.

Y... cuando llegó el momento de cantarle una canción amorosa, noté... que me faltaba la voz en absoluto; ni siquiera un hilito de voz, amigo, ¡nada! Y ella, después de aguardar inútilmente, se disgustó, apartándose de mí, vistiéndose de prisa y murmurando:

—Para esto, pudo usted ahorrarme tanta molestia. Me atreví á ofrecerle la sortija que había comprado para ella; pero me dijo con tanta sequedad —¿Por quién me toma usted, caballero?

Que me ruboricé hasta las orejas, confundido bajo el peso de tales humillaciones.

Y ella se fué sin añadir media palabra.

En esto consistió mi aventura. Pero lo peor, lo más triste del caso, es que me siento enamorado de aquella mujer y la deseo locamente.

No puedo ver á ninguna sin pensar en ella. Todas me repugnan, me desagradan, si no se le parecen algo. No puedo besar una mejilla sin ver su mejilla junto á la que beso y sin padecer horriblemente con el deseo que me tortura.

Ella está presente, la veo en todas mis citas, y toma parte, amargándolos, en todos mis goces. Siempre la tengo delante, vestida ó desnuda, como si fuese mi verdadera querida; está siempre junto á

la que más acaricio, de pie ó echada, visible siempre y siempre inabordable. Y comienzo á sospechar si realmente sería una hechizadora, y el manchón de la espalda su misterioso talismán.

¿Quién era? No lo sé. Dos veces más la he visto en la calle. No ha contestado á mi saludo, fingiendo que no me conocía. ¿Quién era? ¿Tal vez asiática? ¿Tal vez una judía de Oriente? Sí, una judía. Tengo la preocupación de que será judía. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Por qué? No lo comprendo.



LA CONFIDENCIA

LA baronesita de Gragerfe dormitaba sobre un diván cuando la marquesita de Rennedon entró bruscamente, un poco agitada, con el traje algo desordenado, el sombrero algo torcido, y dejándose caer en una silla exclamó:

—¡Uf! Ya está.

Su amiga, que siempre la creyó tranquila y dulce, al verla en aquel estado, incorporándose muy sorprendida, preguntó:

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

La marquesita, que parecía estar algo inquieta, levantándose dió un paseo por el cuarto, después acercóse al diván donde su amiga descansaba, sentándose en el borde; y cogiéndola una mano, murmuró:

—Escucha y júrame no repetir lo que voy á decirte.

—Lo juro.

—¿Por tu salvación eterna?

—Por mi salvación eterna.

UNIVERSIDAD DE MURCIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. R. U. DE 1937"
Año. 1625 M.D. I. G. I. E. L. N. V. T.

—Pues bien: acabo de vengarme de Simón.
Su amiga exclamó satisfecha:
—¡Me alegro mucho!
—¿Verdad que hice bien? Figúrate que desde seis



meses aquí habíase vuelto más insoportable que nunca, insoportable hasta lo inverosímil. Cuando me casé con él, ya sabía yo que no era un Adonis,

pero le creía bueno. ¡De qué modo me equivocaba! El pensaba, sin duda, que yo le acepté por «su cara bonita»..., con su abultado vientre y su nariz arrebolada, y arrulló como un palomo. Ya comprendes cuánto me haría reír; desde entonces le llamo «Pichoncito». Los hombres tienen ideas muy extrañas acerca de sí mismos. Cuando comprendió que yo no sentía por él más que una amistosa simpatía, se puso receloso y empezó á decirme cosas agrias, á tratarme de coqueta, de provocadora; ¡qué sé yo! Y luego la cosa fué más grave, después de... de... Es muy difícil decir eso. En fin, él estaba muy enamorado de mí, pero muy enamorado; y me lo probaba con frecuencia, ¡con demasiada frecuencia! ¡Ay, amiga mía! ¡Qué suplicio verse tan obsequiada por un hombre grotesco!... No; ya no podía más... Era demasiado para mí... Era demasiado... Algo parecido á que me arrancaran una muela cada noche. Peor aún. ¡Mucho peor! En fin: imagínate un hombre desagradable, ridículo, repugnante, con un vientre muy abultado y con las pantorrillas muy peludas. Te lo imaginaste, ¿verdad? Pues bien: figúrate que un mamarracho así fuera tu marido... Y que todas las noches... ¿Comprendes?... Hija, es odioso. Me daban náuseas, verdaderas náuseas que me obligaban á echar la cena en el cubo. No podía más. Debiera haber una ley para proteger á las mujeres en tales casos. Figúra-

te, hija mía; todas las noches lo mismo. ¡Qué indecencia! Y no creas que yo haya soñado en amores poéticos nunca. Eso ya no existe. Nuestros hombres, ó son cocheros ó banqueros; ó prefieren á todo los caballos ó el dinero; y si les agradan las mujeres, les agradan como los caballos, para lucirlas en el salón como lucen en el paseo un tronco de alazanes. Nada más. La vida es de tal modo al presente que no deja lugar á ningún sentimentalismo. Vivamos, pues, en la indiferencia como mujeres prácticas. Los amores no son más que regularizadas entrevistas en las cuales se repite siempre lo mismo. ¿Por quién podríamos sentir algo de afición, un poco de ternura? Los hombres, nuestros hombres, en general, solamente son maniqués, correctos y faltos de toda inteligencia y de toda delicadeza. Deseando alguna superioridad intelectual nos acercamos á los artistas, y solemos encontrar fatuos insoportables ó bohemios mal educados. Yo, como Diógenes, busco un hombre, uno solo entre toda la sociedad parisién, pero estoy muy segura de no encontrarlo y me veré obligada pronto á apagar mi linterna. Volviendo á mi marido, como me sublevaba, me revolvía verle entrar en mi alcoba en calzoncillos: he imaginado todos los medios, todos, enténdelo bien, para alejarle y para que se cansara de mí. Al principio se puso furioso, luego le atacaron los celos; llegó á suponer que yo le engaña-

ba. Primero se contenía, disimulando y observándome; miraba con ojos de tigre á todos los hombres que venían á casa. Luego extremó las cosas y empezó una verdadera persecución. Me siguió á todas partes. Ha empleado recursos de todos géneros para sorprenderme. Al fin no me dejaba hablar con nadie á solas. En los bailes permanecía detrás de mí, alargando su cabezota de perro y olisqueando en cuanto yo decía una palabra. Iba conmigo al comedor, me prohibía bailar con éste ó con el otro, me hacía poner el abrigo y abandonar la fiesta, interrumpiendo el cotillón; aquello era estúpido, ridículo; hacíamos un mal papel. Por eso dejé de frecuentar la sociedad. En el trato íntimo era peor todavía; figúrate que el miserable me trataba de... no me atrevo á decir la palabra... De mujerzuela. Sí, amiga mía. Cada noche me preguntaba: ¿Con quién la corriste hoy? Me hacía llorar, y esto le agradaba. Luego fué peor aún. La otra semana me llevó á comer á los Campos Elíseos. La casualidad hizo que Baubignac se hallara en la mesa próxima. Y Simón comenzó á darme con el pie furiosamente y á gruñirme mientras comíamos el melón. «Tú le has dado cita, bestia inmundas; ya te arreglaré, ya verás». No puedes imaginarte lo que hizo entonces, hija mía. Sacó suavemente una de las agujas de mi sombrero y me la hundió en un brazo. Grité, como es natural. Se acercaron todos,

y él hizo la comedia, fingiendo hallarse muy conmovido. Ya comprendes, en aquel momento me prometí vengarme; «yo me vengaré algún día», dije para mí. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—¡Oh, me hubiera vengado!

—Pues eso hice.

—¿Cómo?

—¿No lo comprendes?

—Pero amiga mía, si...

—¿Qué? Piensa en su cabeza. Ya lo ves: con su vientre abultado, con su nariz roja y sus patillas lacias como las orejas de un perro...

—Sí.

—Piensa que con todo eso está celoso como un tigre. Pues bien, yo me dije: «Voy á vengarme, pero no lo sabrá nadie más que yo... y María», porque desde luego decidí confiártelo. Piensa en su cara... y piensa también en que ahora es...

—¡Cómo!... Tú le has...

—Amiga mía, júrame otra vez no decírselo á nadie. Pero el suceso es verdaderamente cómico. Piensa... Me parece que habrá cambiado por completo, y río sola... río sola pensando en su cabeza.

La baronesa miró á su amiga y comenzó á reir furiosamente, como si padeciera un ataque de nervios. Llevándose las manos al corazón, con el rostro crispado, la respiración desigual, inclinábase hasta el punto de parecer que se desplomaba.



Comunicósele á la marquesa el cosquilleo y soltó la carcajada. Repetía entre sonoros estremecimientos:

—Piensa... piensa... es muy gracioso... Imagínate su cabeza... sus patillas y su nariz. Es muy gracioso, ¿verdad? Pero sobre todo, no se lo cuentas á nadie, no se lo repitas á nadie nunca.

La violenta risa les cortaba la respiración, sofocándolas; apenas podían hablar, y sus ojos se bañaban en lágrimas provocadas por aquel delirio de alegría.

La primera que se calmó fué la baronesa, y palpitante aún, dijo:

—¡Ah! Cuéntame cómo lo hiciste. Cuéntamelo. Tiene gracia. Mucha gracia.

La otra apenas podía hablar y balbuceaba:

—Cuando me resolví, pensé: «Pronto: es necesario que sea pronto.» Y... ah, ya.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Le dije á Simón que venía á tu casa para estar contigo un rato. El vendrá pronto; no tardará en venir; fíjate bien en su cabeza cuando le mires.

La baronesa, ya casi tranquila, sentía el cansancio que se siente después de dar una carrera. Dijo:

—¿Y cómo lo has hecho? ¿Cómo lo has hecho?

—Muy sencillamente. Pensé: «puesto que está celoso de Baubignac, me valdré de Baubignac.» Es

tonto como un zapato, pero muy caballero, incapaz de decirlo á nadie. Después de almorzar he ido á su casa.

—¿A su casa? ¿Con qué pretexto?

—Una colecta... para unos huérfanos.

—Acaba, de prisa, dílo ya.

—Se ha sorprendido tanto al verme, que no ha sabido qué decirme. Luego me ha dado cincuenta francos para los huérfanos, y cuando yo me levantaba para irme ya, me ha preguntado por mi marido. Entonces he fingido no poderme contener y le he confesado todo lo que me pasaba, ennegreciendo aún más las tintas. Baubignac se ha conmovido buscando maneras de servirme, de ayudarme... Yo he comenzado á llorar... pero como se llora... cuando se quiere... Y él me ha consolado... me ha sentado en un sofá... y como yo no me tranquilizaba, me ha besado. Yo le decía entre sollozos: «¡Oh, pobre amigo mío, pobre amigo mío!» Y él repetía: «¡Pobre amiga mía, pobre amiga mía!»; besándome... besándome... Hasta... el fin. Así fué. Luego yo tuve una terrible crisis de desesperación y de recriminaciones. Le traté como al mayor de los miserables. Pero por dentro sentía unas ganas de reír, unas ganas tan grandes, que me costaba trabajo contenerme. Me acordaba de Simón, de su cabeza, de sus patillas... ¡Calcula! En la calle, viniendo á tu casa me hacía yo misma reflexiones lisonjeras. Ya

está. Ocurra lo que ocurra, ya está. ¡Y Simón que le tenía tanto miedo á eso! Ahora pueden venir guerras, terremotos, epidemias, la muerte de todos;



pero... ya está hecho. Nadie puede impedir lo hecho. Imagínate su cabeza y dime... dime...

Las dos rieron otra vez estrepitosamente y la baronesa preguntó:

—¿Volverás á verte con Baubignac?

—Eso nunca. Eso no. Ya es bastante. Después de todo, no vale mucho más que mi marido.

Rieron tan estrepitosamente, que parecían sacudidas por ataques epilépticos. El repiqueteo de un timbre contuvo sus alegrías ruidosas.

La marquesa murmuró:

—Es él, es él, sin duda; fijate...

Abrióse la puerta y entró un caballero panzudo, con el rostro arrebolado, los labios gruesos, las patillas lacias y los ojos irritados y escrutadores.

Las dos mujeres le miraron un instante; luego, abatiéndose bruscamente sobre el diván, era tanto el delirio de su risa, que gemían como se gime cuando se sufre mucho.

Y el caballero, viéndolas de aquel modo, repetía con voz ronca:

—¿Perdéis el juicio? ¿Habéis perdido el juicio? ¿Qué locura es esa?

